

EL MUSEO DE ARTES Y TRADICIONES POPULARES

SITIO: Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Prehistoria y Arqueología.

DONANTE: Su actual directora, Guadalupe González Hontoria, a quien hace algunos años estas cosas hoy expuestas aquí por su generosidad, se le metieron cantando en el alma, como dice Juan Ramón Jiménez en su poema "Las cosas". Ella comprendió la canción y se dio a recoger estas piezas que todavía están en uso en algún lugar de España —o lo estaban hasta anoche mismo—. Ha reunido unas tres mil piezas pertenecientes al vivir humano —del nacer, al morir, del quehacer y del holgar— que con sola su apariencia dicen de qué parte del país nuestro proceden.

APOSENTADOR: Aposentó este buen tesoro el rector Gratiano Nieto, tan versado en arte como en artesanía y sabedor además de que cualquiera de nuestras universidades tiene semejanza con las ventas cervantinas, en las que de comer hubo lo que a ellas se llevase en la propia alforja; por eso, este rector lleva a su Universidad cuanto pueda ser bueno para la mente estudiantil.

BENEFICIARIOS: Los estudiantes, la propia Universidad y cuantos sentimos las cosas de nuestras universidades —las mejores y las peores— como casi propias.

Tiene el museo cien estudiantes a sus órdenes. Catalogan, disponen, reparan, estudian estas piezas concienzudamente, y salen en busca de nuevas que completen el conjunto, lo cual refieren después en los cuadernos de revista "Narria" (*Narria*, es un trineo en que se lleva la yerba cortada, o los maíces segados, hasta el carro, el caserío, o el almiar, al que dicen meta en el País Vasco).

Cien estudiantes —más o menos— siguen las lecciones de Guadalupe G. Hontoria, las cuales no siempre transcurren en el recinto universitario. Con frecuencia, como decía, la clase se muda a los "yacimientos" para hacer acopio de nuevas piezas, o las averiguaciones necesarias para el estudio de las que ya poseen. Los viajes no son cómodos; sí son fructíferos.

Supongo yo que los estudiantes de Literatura española utilizarán el museo para leer en él a muchos de nuestros clásicos, que aluden a cuantas cosas hay aquí expuestas. La verdad es que la "Primera crónica general", de Alfonso X da razón una a una de las diversas artesanías aquí exhibidas al hacer el elogio famoso de España. (Para quienes no lo recuerden: "España es abundada de mieses, deleitosa de frutos, viciosa —rica— de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que de ella se facen; llena de venados et de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos. . . , alegre por buenos vinos. . . , rica de metales. . . , briosa de sirgo —seda— et de cuanto se face de él, dulce de miel et de azúcar, alumbrada de cera, cumplida de óleo, alegre de azafrán".) El "Peribañez", de Lope de Vega, parece la guía oficial de algunos paneles del museo (compruébese leyendo el romance "Labrador de dejadas tierras", y el ajuar de Casilda, la bien casada, y la cena de Pedro y ella. . .). Sin ver muchos de los trebejos y piezas aquí expuestas, pocos son hoy quienes entiendan bien —y con el correspondiente sonido que Azorín pretende hacernos llegar— muchas partes de su libro "Castilla", por ejemplo.

Los estudiantes de Arte —con su venia, señor rector— pueden comprender ante estas obras perfectas, salidas de la mano del artesano para cumplir una función específica, lo que pretendían decir en el siglo pasado J. Ruskin y W. Morris, y lo que realizaron Gropius, Kandinski, Klee, Itten y los demás en la "Bauhaus", a raíz de la guerra del 14: que las cosas necesarias para el vivir cotidiano fueran tan funcionales como bellas —tal y como son un botijo, un sopillo, unas llaves, unas abarcas, una gallera, un trillo. . .

Los estudiantes de Derecho descubren aquí —si antes no lo hicieron— que no es hoy lícito utilizar a las personas para ciertos trabajos artesanales, además de peligrosos para la persona que los realiza, poco útiles ya por razones obvias a todas luces. Sin embargo, la artesanía tiene posibilidad de pervivencia en otros campos. Puede ser lujo —tan gran lujo, a veces, como el arte—. Puede ser —y es de hecho— absolutamente necesaria en algunas grandes, importantísimas industrias, para las que es imprescindible contar con su colaboración. Además, cierto tipo de trabajo artesanal podría ser beneficiosa ocupación para quienes tienen manos hábiles y cuerpos cansados, y aun deberían ser practicadas ciertas artesanías por los estudiantes— la mano del hombre debe ser cultivada especialmente. Y no lo está siendo.

En este museo se patentizan claramente las peculiaridades de nuestro país —esas peculiaridades en vías de desaparición—. Ciertamente. Pero a mí, en este tipo de museos, lo que me sorprende es que resulte tan fácil perder el norte, y no saber ya si se está por aquí, y en los siglos de los moros, o en los milenios anteriores a Cristo, por allí, por Asia. Es escalofriante la repetición de formas esenciales para usos esenciales de la vida que el hombre hizo, hace y hará —aunque ahora no a mano—. Y es para mí gratísimo hallar en los sitios más distantes entre sí —Suecia, Italia, América— los mismos dibujos, los mismos tejidos, las mismas joyas, los mismos cacharros que en España. Para mí, este museo es una gran pieza más de docencia callada y eficazísima: somos todos los hombres criaturas tan por igual necesitadas, tan alegres, tan tristes, tan dispuestas a vivir, que no merece la pena nunca que nos tiremos los cántaros a la cabeza, y menos las hoces, y menos todavía las bombas y las balas.

Una mujer ha donado su colección de piezas estupendas —recogidas con trabajo, esfuerzo y pasión— a una Universidad. El rector ha sabido recibir el regalo y dar las gracias a la mujer del mejor modo: porque las mejores gracias para Guadalupe González Hontoria consisten en decirle: siga trabajando ahora para nosotros, y. . . tiene permiso para aceptar la colmena con su "ganado", cuando se la vuelvan a ofrecer, así como hicieron los navarros de Linzoain, al darle esta naza —colmena— hecha con varas de fresno. ¿No sería estupendo tener abejas obrando su miel en la Universidad? Si nadie les hurga, las abejas son pacíficas, convivibles. Eso sí, habrán que comunicarles puntualmente los sucesos universitarios, como en el País Vasco se les comunican bodas, ruinas, muertes, y se les pide siempre que sigan haciendo miel para el caserío a que pertenecen.

Carmen CASTRO

Reproducido del diario "Ya", 13-V-76